

Universidad de Antioquia un escritor con excelente dominio de su medio expresivo.

El tema del cuento ganador, el tema de los cuentos finalistas, el tema de los cuentos recomendados, en general, se sitúa en el medio urbano. A juzgar por este concurso, puede decretarse la muerte de la literatura de la Violencia, la guerra civil de este siglo, y el desplazamiento de la geografía rural de los intereses de los narradores.

Entre las menciones figuran Ramón Illán Bacca (Ciénaga, 1942), quien ya había publicado el libro *Marihuana para Goering*, y Carlos Gustavo Álvarez, único bogotano (1957). Estos dos narradores han sido incluidos recientemente en un volumen colectivo de la colección literaria de la Fundación Simón y Lola Guberek.

Manuel Guillermo Ortega, de Barranquilla, Gustavo Tatis Guerra, de Sahagún, y el antioqueño Jairo Morales Henao completan la lista de autores objeto de mención. La colección de autores antioqueños acaba de incluir un volumen de Jairo Morales en las ediciones de 1984, lo cual indica, también, los efectos multiplicadores de estos concursos.

Aparte de otorgar un único primer premio indivisible y las menciones, el jurado recomendó la publicación de otros cuentos debidos a los siguientes autores: Wildealdo García, César Valencia Solanilla, Joaquín de Flórez, Harold Krámer, Fabio Zuluaga, Olivia María Osorio, Juan Fernando Merino, Óscar Castro y René Gris. Sin duda, como lo dice Germán Vargas, este volumen es "una excelente muestra del estado en que se encuentra la narrativa colombiana contemporánea en el género del cuento".

D.J.A.



Protagonista: Medellín

Agua de luto

Jaime Espinel

Universidad de Medellín,
Medellín. Vol. 35, 1982

Con agua que no ahogue y vino que no trastorne cualquiera hace buen mundo.

Macedonio Fernández

Marginalidad dentro de la marginalidad, podría sentenciarse sobre la obra narrativa de Jaime Espinel. Pues si en algún momento el nadaísmo fue medianamente marginal, en su seno había, como en un bolsillo secreto, otra marginalidad: escritores casi inéditos como Espinel o como Cachifo Navarro, gestaban una obra mucho más silenciosa que la de sus compañeros del grupo nadaísta, y, quizás, con relación a la escasa narrativa del movimiento, más ambiciosa.

Los dos libros de Jaime Espinel fueron publicados mucho tiempo después que pasara el tropel nadaísta. En el 75 publicó su primer libro de cuentos: *Esta y mis otras muertes*, y, más recientemente *Agua de luto* (1982). Sin embargo, la obra de Espinel no resulta lo suficientemente conocida, no obstante ser punto relevante en la casi siempre monótona llanura narrativa del país.

Un tono acezante recorre estos cuentos de *Agua de luto*, algo que reproduce el acelerado corazón de la ciudad, y que se siente en cada uno de sus siete cuentos. El personaje central de estos cuentos de Espinel, en realidad, es la ciudad. Una ciudad poblada de fantasmas, a la sombra del fantasma de Gardel. Hombres que escasamente ríen, porque ya han recibido, como en el poema de Brecht, la terrible noticia, el inminente desalojo del cuerpo.

Como en una galería de espejos deformes, una legión de seres y de sombras chinescas deambula por la ciudad de Medellín, por sitios vedados donde el hampa canta una canción de olvidos. Barroco, poblado de alusiones que podrían ahogar el texto, Espinel salva sus cuentos de la asfixia gracias al hilo secreto con que teje sus historias, un hilo fuerte como

el cáñamo. La gran virtud narrativa de Espinel está acaso en esa manera de encarar la realidad, con un sesgo burlón y a la vez amoroso. Textos que proceden acaso de una tradición oral de barrio, de la crónica roja, de esos héroes marginales que alternan fútbol y bar con bandoneón de fondo, hombres fronterizos que oscilan entre sueños de gloria, cuchillos o disparos.

Cuentos, pues, que reconstruyen parcialmente un mapa de la ciudad de Medellín: los bares de Guayaco, las noches del billar y el tahureo, la vieja ciudad que ya entraba al olvido. Acá, en este libro de Espinel, el testimonio, la crónica de una época mejor narrada, más sentida que el fallido *Aire de tango* de Mejía Vallejo.

Pocas veces se da en la narrativa colombiana un tono tan personal, tan sugestivo, y que vaticine en sí mismo una continuidad, literatura que registra de una nueva manera la violencia y el dolor, las canciones de un país limítrofe entre la idiotez y la locura. En *Agua de luto* nos encontramos con un escritor cuya raigambre parte directamente de su entorno, de la exaltación de la cultura popular, pero que sabe cuidarse de dosificar su argot, pues la temporalidad de la jerga marginal, a cada momento renovándose, también acecha volviendo transitorios lenguajes que se consideraban vigentes.

JUAN MANUEL ROCA

El que nunca se debió morir

Queremos tanto a Julio

20 autores para Cortázar

Edición preparada por Hugo Niño

Editorial Nueva Nicaragua. Managua, 1984

Había sido pensado para que él lo leyera. Como un acto de amor: "Este libro —dice el pretexto editorial— no es, pues, un homenaje; ni el libro de Cortázar, ni bastante menos: es una conspiración impúdica para dejar conocer todo lo que uno siempre sintió pero jamás se atrevió a publicar